

San Agustín y la vida monástica III Parte *

El trabajo de los monjes

En el África romana habían aparecido bandadas de monjes giróvagos, itinerantes y holgazanes, que causaban confusión y mal ejemplo en el pueblo. Aurelio de Cartago se vio obligado a intervenir y pidió ayuda a Agustín. Esto motivó una de las obras monásticas del obispo de Hipona.

99) «Una necesidad me obligó a escribir el libro *Sobre el trabajo de los monjes*. Cuando comenzaron a erigirse monasterios en Cartago, algunos se ganaban con sus manos el sustento, obedeciendo al Apóstol. Pero otros querían vivir de las donaciones de los fieles religiosos: no trabajaban para cubrir sus necesidades o para ayudar a cubrir las, sino que creían (y aún se jactaban de ello) que cumplían el precepto evangélico en el que el Señor dice: *miren las aves del cielo y los lirios del campo (Mt 6,26)*. Esto motivó que los seculares, de vida más imperfecta, pero fervorosos en su delicadeza espiritual, comenzaran a organizar contiendas tumultuosas, que turbaban la paz de la Iglesia: unos defendían un punto de vista y otros el otro. A esto se unía que eran greñudos algunos de esos que decían que no se debía trabajar manualmente. Así crecían las contiendas, según la pasión de los partidos, del que acusaba y del que defendía. Teniendo esto en cuenta, el venerable anciano Aurelio, obispo de la iglesia de aquella ciu-

* Por Roberto Peña, ocs. Las primeras dos partes del presente artículo fueron publicadas en "CuadMon" 116 (1996) pp. 108-154 y 117 (1996) pp. 272-290.

dad, me mandó que escribiese algo sobre el tema y yo lo hice» (*Retractaciones* II, 21)¹.

El problema de los monjes «golondrinas» dio oportunidad a Agustín para definirse sobre una realidad todavía no elaborada en el monacato africano: el trabajo manual. La solución será más matizada que en el monacato tradicional del desierto, pues no sólo será considerado «trabajo» el de carácter estrictamente manual, sino también el de tipo intelectual y pastoral al servicio de la Iglesia.

100) «Cuanto más claro veo quién es el que por tu ministerio me solicita, tanto mejor entiendo mi obligación de responder a tu demanda, santo hermano Aurelio. Porque en tu interior habita Nuestro Señor Jesucristo. Él es el que te infunde esa preocupación de caridad paterna y fraterna. Él, valiéndose de tu voluntad y lengua para sus fines, me exige que consigne mi opinión sobre el punto que me consultas. ¿Hemos de inhibirnos ante la licencia que se toman esos monjes, hijos y hermanos nuestros, que se niegan a obedecer al apóstol Pablo cuando les dice: *quien no quiera trabajar, que no coma* (2Ts 3,10)? Asístame también a mí el Señor para que obedezca de manera que en la utilidad y fruto de mi trabajo compruebe yo que obedecí por un don suyo.

Vamos a ver primero la dificultad de esos monjes que se niegan a trabajar. Luego demostraré que están equivocados. Finalmente, diré lo que pueda para su corrección...» (*Sobre el trabajo de los monjes* 1, 1-2; Hipona, hacia el año 401).

¹ *Retractationum libri II (Retract.)*: Hipona; 427. También llamada «Revisiones». Obra original que contiene la revisión crítica de todas sus obras anteriores. De cada una de ellas, Agustín indica el argumento, el orden cronológico y las correcciones que hay que hacer o la interpretación que hay que dar.

El texto latino ha sido editado por P. Knöfl en CSEL 36 (1902); ed. crítica de A. Mutzenbecher en CCL 57 (1984).

Las limosnas que reciben los monjes

El trabajo manual en los monasterios agustinianos tal vez nunca se organizó satisfactoriamente desde el punto de vista económico, lo que obligaba a la recepción de limosnas como retribución por los trabajos apostólicos.

101) «Por estas ocupaciones de los siervos de Dios [evangelización, apostolado] o, por las enfermedades corporales que nunca pueden faltar, no sólo permite el Apóstol que los fieles piadosos suplan a la indigencia de los santos, sino que exhorta a ello apostólicamente... Además de la potestad que tienen los predicadores de la palabra sobre aquellos a quienes se predica; atestigua muchas veces que los santos que habían vendido sus bienes y los habían distribuido, y habitaban en Jerusalén en santa comunión de vida, no llamando propio a nada, teniendo las cosas comunes, un alma y un corazón hacia Dios (*Hch* 2,42; 4,32) habían de ser dotados de lo necesario por las iglesias de los gentiles: así se lo manda y exhorta... Así se lo aconsejaba porque más provecho traía a los que hacen la limosna que a los que la reciben: éstos usan santamente del obsequio de sus hermanos, pero no sirven a Dios por el obsequio; ni lo toman sino para suplir la necesidad, no para alimentar la pereza» (*Sobre el trabajo de los monjes* 16,17; Hipona; hacia el año 401).

Los fieles son los proveedores del ejército de los monjes –soldados de Cristo–, quienes por un lado reciben ayuda en lo material, pero comparten con el pueblo cristiano lo espiritual: así todos cumplen la ley de caridad en el Cuerpo de Cristo.

102) «¡Con qué jugosa y santa alegría se ve penetrado el Apóstol, cuando habla del recíproco suplemento que necesitan los soldados y los proveedores [los fieles] de Cristo, pues los segundos ofrecen a los primeros las cosas carnales, y los primeros ofrecen a los segundos las cosas espirituales! Así exclama, como respirando la abundancia de gozo santo, diciendo: *gracias a Dios por su don inenarrable* (2Co 9,15). No cesó el Apóstol, o mejor el Espíritu de Dios, que poseía, llenaba y movía su corazón, de exhortar a los fieles pudientes para que nada faltase a las necesidades de los siervos de Dios, que prefirieron vivir en la Iglesia un más elevado grado de santidad, para que pudieran cortar todos los vínculos de las esperan-

zas seculares y dedicar el espíritu libre a la divina milicia. Pero también los siervos de Dios deben obedecer el precepto del Apóstol, compadecerse de los débiles, trabajar en común con sus manos sin ligarse en el amor de cosa privada, obedecer a sus prepositos sin murmuración; las oblaciones de los fieles piadosos suplirán lo que puede hacer falta a los que trabajan para vivir de su trabajo, pero que no llega a todo por la debilidad corporal de algunos, por las ocupaciones eclesiásticas, o por instruirse en la doctrina saludable» (*Sobre el trabajo de los monjes* 16,18; Hipona; hacia el año 401).

Monjes giróvagos

Los giróvagos aprovechaban la buena fama del monacato del desierto para conquistar del pueblo provecho y utilidad materiales. Agustín los denuncia severamente por su hipocresía y engaño.

103) «Oh siervos de Dios, soldados de Cristo, así disimulan las asechanzas del astuto enemigo, que por todos los medios trata de oscurecer con sus hedores la fama de ustedes, tan buen olor de Cristo, para que las almas buenas no digan: *tras el perfume de tus unguentos corremos* (Ct 1,3), y de ese modo escapen de sus lazos. Ese enemigo ha esparcido por todas partes tal cantidad de hipócritas con hábitos de monje, que vagan de provincia en provincia, sin que nadie los envíe, sin fijar residencia, nómadas, errantes...» (*Sobre el trabajo de los monjes* 28,36; Hipona, hacia el año 401).

La confusión causada en el pueblo por la pretendida vida santa de los monjes «golondrinas» no era pequeña: por este motivo Agustín alerta sobre el error de anteponer los monjes «espirituales» a aquellos que trataban de ganar su sustento con el trabajo de sus manos.

104) «No sea que los monasterios, fundados en una santa doctrina, se corrompan con este doble hechizo: disoluta licencia de la vocación y falsa atribución de santidad. Sepan pues todos los demás, hermanos e hijos nuestros, que suelen favorecer a esos tales y defender su presunción por ignorancia, que tienen que corregirse ellos ante todo, para que los otros puedan ser corregidos, no apoyarlos para que se desmanden. Suministran

con prontitud y diligencia a los siervos de Dios todo lo necesario, y en eso no los reprendo, sino que los felicito con efusión. Pero tengan cuidado, no sea que perjudiquen con una perversa misericordia su vida futura, más bien que favorezcan la presente» (*Sobre el trabajo de los monjes* 30,38; Hipona, hacia el año 401).

Monjes greñudos

Según el testimonio de las *Retractaciones*, los monjes greñudos o intonso-eran un grupo de «espirituales» que recurría a la práctica exhibicionista de las cabelleras largas. Agustín, que siempre llevó el pelo corto según la costumbre monástica, no ahorró criticarlos con un sarcasmo que nada tenía que envidiarle al mejor estilo de Jerónimo...

105) «¿Hay proceder más injusto que buscar la obediencia de los inferiores y rehusarla a los mayores? Me refiero al Apóstol, no a mí. No obedecen al Apóstol al dejarse crecer la cabellera. En ese punto el Apóstol no admitió contradicción, pues dijo: *si alguien quiere discutir, yo no tengo esa costumbre, y la Iglesia de Dios tampoco la tiene. Y lo que mando es esto (1Co 11,16)*. Es decir, no interesa el ingenio de quien diserta, sino la autoridad del que manda. Por lo que toca a la cabellera larga, ¿hay algo más abiertamente contrario al precepto del Apóstol, por favor? ¿O hay que descansar tanto hasta el punto de quitar el trabajo a los peluqueros? Dicen que imitan a las aves del cielo. ¿Es que temen no poder volar si son depilados? No quiero extenderme sobre ese vicio por respeto a algunos hermanos greñudos, cuya conducta venero casi en todo, fuera de eso. Cuanto más los amo en Cristo, con mayor solicitud los amonesto» (*Sobre el trabajo de los monjes* 31,39; Hipona, hacia el año 401).

Para colmo de males, los monjes greñudos aceptaban fácilmente los argumentos aducidos por los giróvagos para apoyar el atuendo patriarcal que usaban. Agustín, que los miraba con más benevolencia que a los «golondrinas», no dejó de prevenirlos del engaño.

106) «Amonestamos a estos santos varones que no se dejen impresionar por los necios argumentos de esos vanos, y no los imiten en esa perversidad, ya que en todo lo demás son tan diferentes. Ellos van exhibiendo

una hipocresía comercial, y por ende temen que una santidad aseada sea más barata que una santidad greñuda: quien los ve piensa en seguida en aquellos antiguos de que habla la Biblia, en Samuel y en los demás, que no se tonsuraban» (*Sobre el trabajo de los monjes* 31,39; Hipona, hacia el año 401).

Comercio de caridad entre monjes y cristianos

Los seguidores de Pelagio con sus posturas heréticas respecto de la libertad del hombre, el pecado y la gracia, terminaban condenando el matrimonio y la riqueza. Finalmente, establecían dos morales diferentes: una más pura y estricta para los selectos; otra más condescendiente y degradada, una especie de dispensa de pecado, para seglares. Con esto recreaban nuevamente la categoría maniquea de los semicristianos. La réplica enérgica del obispo de Hipona no se hizo esperar...

107) «Hay muchos que estiman que la religión misma debe ayudarles a aumentar las riquezas y multiplicar los deleites terrenos. Pero no son así los ricos cristianos: poseen bienes, pero no son poseídos por ellos hasta tal punto que los antepongan a Cristo: porque con sincero corazón renunciaron al siglo, y no ponen sus esperanzas en estos bienes. Con sana disciplina educan a sus esposas, hijos y familia para mantener la religión cristiana. En sus casas florece la hospitalidad, se recibe al justo en nombre del justo y recibirán el galardón de los justos. Reparten su pan al hambriento, visten al desnudo, redimen al cautivo. Atesoran un fundamento bueno para el futuro, en orden a conquistar la verdadera vida. Si por la fe de Cristo han de padecer daños pecuniarios, odian sus riquezas; si el mundo los amenaza con la separación y la orfandad, odian a sus padres, hijos, hermanos, esposas... y hasta su propia alma. Porque sobre todas las cosas han recibido un mandamiento y sin eso no pueden ser discípulos de Cristo. Por lo tanto dejen ya los pelagianos de hablar contra la Escritura y en sus exhortaciones procuren excitar a lo más perfecto, sin condenar lo menos perfecto. ¿Acaso no podrán en su exhortación persuadir la santa virginidad, si no condenan el vínculo matrimonial o conyugal, cuando dice el Apóstol que cada uno tiene de Dios un don propio, uno de una manera y otro de otra? (1Co 7,7)» (*Epístola* 157,35 a Hilario; Hipona, 414 o 415).

A pesar de estar en la ribera opuesta a los maniqueos, los pelagianos —perfectos, santos y elegidos— no son mejores que los *electos* maniqueos: a fin de cuentas viven de los bienes de los fieles. No obstante esto, ¡tienen el descaro de condenar a los cristianos!...

108) «Prepárense más bien a recibir en los tabernáculos eternos a esos ricos religiosos, y no criminales, pues que se han ganado su amistad con las riquezas de iniquidad. Yo pienso que algunos de éstos que badejan con tanta impudencia como imprudencia, son sustentados en sus necesidades por los cristianos ricos y piadosos. Porque la Iglesia tiene en cierto modo sus soldados y sus proveedores, y por eso dice el Apóstol: *¿quién milita con sus propios estipendios?* (1Co 9,7). Solo que el disputar sobre estas cosas como disputan los pelagianos, no es militar, sino conspirar; no es plantar viñas, sino descepar; no es reunir para apacentar, sino separar a la grey para aniquilar. Los que son alimentados y vestidos con el obsequio religioso de los ricos, pues vendieron lo suyo y tienen que cubrir sus necesidades, no son juzgados ni condenados por otros miembros de Cristo que son todavía más perfectos y que con mayor fortaleza, trabajan para comer, cosa que recomienda mucho el Apóstol (Hch 20,34). Pues del mismo modo, tampoco deben éstos condenar a los cristianos, que tienen un mérito inferior, pero que los alimentan con sus bienes. Lo que deben hacer es decirles: si nosotros les hemos dado a participar los bienes espirituales, ¿es mucho que utilicemos sus bienes carnales (1Co 9,11)? Los siervos de Dios que viven de la venta de los productos de sus manos, y condenan a los que nada les dan, son menos imprudentes que éstos que no pueden trabajar con sus manos por alguna debilidad del cuerpo, pero se empeñan en condenar a aquellos que los alimentan con sus bienes» (Epístola 157,37 a Hilario; Hipona, 414 o 415).

Monjes «ministros» de Dios, ejemplo para el pueblo cristiano

Para Agustín, en los monjes a la conversión inicial sigue la iluminación, que desemboca en la sabiduría. Porque son iluminados por el que es la Luz, pueden a su vez alumbrar al pueblo cristiano.

109) «Pero ustedes, linaje selecto, debilidad del mundo, que lo dejaron todo para seguir al Señor, vayan tras Él, confundan a los fuertes (1Co

1,27). Vayan tras Él, bellos pies y brillen en el firmamento (IP 2,9). Así los cielos cantarán su gloria y harán separación entre los que ya son perfectos, pero no como los ángeles y los que son todavía niños, pero no despreciables... Propáguense por todas partes, fuegos santos, fuegos hermosos. Porque son luz del mundo y no están bajo el celémín (Mt 5,15). Ha sido exaltado Aquel a quien viven adheridos, y los ha exaltado. Propáguense y dense a conocer al mundo entero. Conciba también el mar y dé a luz las obras de ustedes y *produzcan las aguas reptiles de almas vivientes*. Han separado lo precioso de lo vil, y se han convertido en boca de Dios; por medio de ustedes, dice: *produzcan las aguas*, no un alma viva, pues ésta la produjo la tierra, sino *reptiles de almas vivas y volátiles que vuelen sobre la tierra* (Gn 1,20.24). Porque tus sacramentos, Señor, se han deslizado mediante las obras de tus santos en medio de las olas de las tentaciones del siglo, para imbuir a las gentes en tu nombre, en tu bautismo. Y entre ellas se han producido hazafías maravillosas, como cetáceos grandes y voces de tus mensajeros, voces que vuelan sobre la tierra sobre el firmamento de tu Libro... Por eso he citado aquí los reptiles y los volátiles: imbuidos e iniciados en ellos, sometidos a tus sacramentos –*símbolos*– corporales, no podrían progresar, si el alma no comenzara a vivir en un grado diferente, y a mirar hacia la consumación después del verbo inicial» (Confesiones XIII,19,25-28; Hipona, entre 397 y 401).

En el monacato agustiniano los monjes no sólo son *siervos de Dios*, sino también *ministros de Dios*, «forma para los fieles»: colaboran con el ministerio de la palabra por el cual, junto con el sacramento bautismal, engendran para Dios almas vivas.

110) «Trabajen pues en la tierra tus ministros, pero no ya como en las aguas de la infidelidad, anunciando y hablando con milagros, símbolos y voces místicas, para que atienda la ignorancia, madre de la admiración en el temor de los signos ocultos... Trabajen como en la tierra separada ya del abismo proceloso, y se conviertan en forma para los fieles, exhibiendo su vida delante de ellos y excitándoles a la imitación. De ese modo, ya no se contentan con oír, sino que oyen para poner por obra el *busquen al Señor y vivirá su alma* (Sal 68,33), y también: *produzca la tierra alma viviente* (Gn 1,2), y también: *no quieran conformarse con este siglo* (Rm 12,2), conteniéndose de él. Conténganse de la ferocidad de la soberbia, de la inerte voluptuosidad de la lujuria, del falso nombre de ciencia; y que sus

bestias sean mansas, domadas sus acémilas y buenas sus serpientes, esto es, los movimientos de su alma, en alegría» (*Confesiones* XIII,21,30; Hipona, entre 397 y 401).

Para los fieles no basta imitar el modelo de los monjes –ministros y siervos de Dios–, pues el camino de la perfección exige todavía más: a quien en última instancia hay que imitar es a Dios mismo.

111) «Renovado en la mente, contemplando tu verdad entendida, ya no necesita modelos humanos para imitar a su género, sino que Tú mismo le enseñas y él comprueba cuál es tu voluntad, lo bueno, lo aceptable y lo perfecto. Tú le enseñas, pues es ya capaz de ver la Trinidad de la unidad y la unidad de la Trinidad. Por eso, después de decir en plural *hagamos al hombre*, concluye en singular: *hizo Dios al hombre*; dice en plural: *a nuestra imagen*, y luego concluye en singular: *a imagen de Dios* (*Gn* 1, 26-27). Así el hombre se renueva en el conocimiento de Dios, según la imagen de Aquel que lo creó. Hecho ya espiritual, juzga todas las cosas, que pueden ser juzgadas: él, en cambio, no es juzgado por nadie» (*Confesiones* XIII,22,32; Hipona, entre 397 y 401).

De la misma manera que la tierra produce buenos frutos, así las almas de los fieles deben producir obras de misericordia, animadas por la ley de caridad.

112) «Esta tierra fecunda era el piadoso Onesíforo, cuya casa llenas de misericordia, porque con frecuencia ayudó a tu siervo Pablo y no se avergonzó de su cadena (*2Tm* 1,16). Esto hicieron también los hermanos y con esos frutos fructificaron ya que desde Macedonia *suplieron* lo que faltaba (*2Co* 11,9). Y cómo se lamenta de ciertos árboles, que no le dieron el fruto debido, al decir: *en mi primera defensa nadie me asistió, sino que todos me abandonaron: ¡que no se les impute!* (*2Tm* 4,16). Tales cosas son debidas a los que suministran la doctrina racional, dando a conocer los divinos misterios. Y se les debe ese obsequio como a hombres. Son las almas vivas que se les deben, puesto que se ofrecen a ser imitados en toda continencia. Y se les deben también como a las aves volátiles, por la bendición que multiplica sus discípulos sobre la tierra, ya que su voz se esparció por toda la tierra» (*Confesiones* XIII,25,38; Hipona, entre 397 y 401).

Matrimonio y virginidad

Frente a la polémica sobre el matrimonio y la virginidad suscitada por las opiniones de Joviniano², el pensamiento agustiniano tiende a mostrar que el matrimonio es bueno, pero la virginidad es mejor. A Agustín no lo acobarda ni siquiera la posibilidad de desaparición del género humano.

113) «Dios nos da algunos bienes que han de ser apetecidos por ellos mismos: sabiduría, salud, amistad. Nos da otros que son necesarios para otra finalidad: doctrina, alimento, bebida, sueño, matrimonio, procreación... Si para alguno no son necesarios tales bienes y no quiere usar de ellos, obra mejor.

Por ende es bueno casarse puesto que es bueno engendrar hijos, ser madre de familia; pero mejor es no casarse, puesto que mejor es no necesitar tales obras para la sociedad humana... Sé que algunos murmuran, diciendo: si todos los hombres se abstuviesen de la generación, ¿cómo subsistiría el género humano? Ojalá todos lo intentaran, aunque en caridad de corazón puro, conciencia buena, y fe no fingida (*ITm* 1,5): mucho antes se completaría la Ciudad de Dios y se aceleraría el fin del siglo» (*Sobre el bien del matrimonio* 9 ss.)³

«... Se hizo necesario salir, con la gracia del Señor, contra la difusión de este veneno [las ideas de Joviniano], que se infiltraba secreta e insensiblemente en las almas, con tanta más razón cuanto que había quien se jactaba de que no se podía responder a Joviniano con la alabanza, sino con el vituperio y condenación del matrimonio. Esa fue la razón por la que yo hube de componer un libro que lleva esta intitulación: *Del bien del matrimonio*. En él no quise tratar de la propagación de los hijos antes de que los hombres acarrearán la muerte por el pecado, ya que el comercio conyugal parece cosa propia sólo de los cuerpos mortales y es una cuestión magna

² Monje que se trasladó a Roma, no se sabe si procedente de Italia del Norte. Irritado por la tesis acerca de una recompensa particular debida a la virginidad o al ayuno, insistió en que la gracia bautismal es idéntica para todos y originó la discusión sobre el mérito, y además sobre la virginidad perpetua de María *in partu*. Incitaba al matrimonio a las vírgenes consagradas.

³ *De bono coniugali, liber I.*

que, a lo que creo, me parece haber explicado bastante en otras de mis obras» (*Retract.* II,22)⁴.

Los continentes pueden y deben tener conciencia de la superioridad de su estado sobre el matrimonio, pero con *humildad*; a esta virtud es necesario añadir las obras propias que deben acompañar la continencia.

114) «A los jóvenes y vírgenes que consagran a Dios su integridad, les advertimos con mayor cuidado que se han de proteger en la tierra mientras vivan, con una humildad tanto mayor cuanto mayor es el bien que prometieron, pues está escrito: *cuanto más grande seas, humíllate en todo* (*St* 3,20). A mí me toca ponderar la grandeza de su estado, pero a ellos les toca pensar en la humildad más profunda... No duden de su superioridad... Añadan pues a un compromiso tan alto las oportunas costumbres, para que tengan seguridad inquebrantable acerca de su mayor premio, sabiendo que ellos y todos los fieles, miembros dilectos y electos de Cristo descansarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de Dios» (*Sobre el bien del matrimonio* 26,35; Hipona, 401).

Para que la virgen sea verdaderamente humilde, debe considerar ante todo que es virgen por don de Dios, no por su propio mérito o virtud.

115) «El primer pensamiento de una virgen de Dios que quiera revestirse de humildad ha de ser el guardarse de juzgar que es virgen por su virtud más que por el don óptimo que ha venido de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación (ver *St* 1,17). Y así no juzgará que se le ha perdonado poco y que puede amar poco, no sometiéndose a la justicia de Dios por ignorarla, y queriendo afirmarse en la suya. En esa falta cayó aquel Simón, que fue aventajado

⁴ *De bono coniu.*: Hipona; 401. Sobre el bien del matrimonio; la dignidad y bien del matrimonio con ocasión de la controversia originada por Joviniano (+ antes del 406).

Texto latino en PL 40, 373-396; editado también por J. Zycha en CSEL 41 (1900), pp. 185-231. Trad. castellana en ODSA, t. XII, 1954, pp. 41-133 (BAC 121).

por aquella mujer a la que se le habían perdonado muchos pecados porque había amado mucho» (*Sobre la santa virginidad* 41,42)⁵.

«Después que escribí el libro sobre *el bien del matrimonio*, se esperaba que escribiera otro sobre *la santa virginidad*, y no lo demoré. Así pues, procuré demostrar en otro volumen cuán elevado era este gran don de la virginidad y con cuánta humildad había de custodiarse» (*Retract.* II,23)⁶.

«Virtudes» de la virgen verdadera.

116) «No alabamos a las vírgenes por el hecho de ser vírgenes, sino por ser vírgenes consagradas a Dios por una religiosa continencia (...). La virgen que con razón se antepone a la mujer casada es la que no se exhibe a la multitud para hacerse amar, mientras busca en la multitud el amor de uno solo; ni tampoco, una vez encontrado éste, se propone cómo agradar al varón, pensando en las cosas que son de este mundo, sino que ha amado de tal suerte al más hermoso de los hijos de los hombres, que, al no poderlo concebir en su carne como María, lo ha concebido en su corazón, consagrándole la integridad de su cuerpo» (*Sobre la santa virginidad* 11,11; Hipona, 401).

La virginidad no es sólo corporal, sino también y sobre todo espiritual.

117) «No se puede comparar ninguna fecundidad de la carne a la santa virginidad, también de la carne. Tampoco tiene su honor la virginidad por ser integridad, sino por estar consagrada a Dios, y aunque se custodie la carne, se conserva por el espíritu de devoción y religión. Por ello es también espiritual la virginidad del cuerpo, consagrada y custodiada por la continencia de la piedad. Nadie hace un uso impuro de su cuerpo si

⁵ *De sancta virginitate, liber I.*

⁶ *De sancta virg.*: Hipona; 401. Sobre la santa virginidad; exalta la virginidad, pero sin menospreciar ni desestimar el matrimonio.

Texto latino en PL 40, 397-428; editado también por J. Zycha en CSEL 41 (1900), pp. 233-302. Trad. castellana en ODSA, t. XII, 1954, pp. 139-227 (BAC 121).

antes no concibe espiritualmente la maldad y, de igual modo, nadie guarda la pureza del cuerpo si no ha implantado antes la castidad en su espíritu. Y si la pureza conyugal, aunque se conserve en la carne, se atribuye no a la carne, sino al alma, que la rige y gobierna para impedir todo comercio ilícito, ¿con cuánta mayor razón y honra se ha de contar entre los bienes del alma la continencia, por la que se ofrece, consagra y conserva la integridad del cuerpo en honor del Creador del alma y del cuerpo?» (*Sobre la santa virginidad* 9,9; Hipona, 401).

Vocación y gracia

Dios nos llama (vocación) de un modo eficaz y el alma así convocada, como cautiva, ofrece su asentimiento bajo el influjo de esa gracia misteriosa. Surge una pregunta: ¿es la gracia como una «cadena de oro» que se apodera de la voluntad, de la misma manera como lo hace la «cadena de hierro» del pecado?...

118) «Se nos manda vivir con rectitud y se nos ofrece un galardón para que merezcamos vivir eterna y bienaventuradamente; pero ¿quién puede vivir con rectitud, si no es antes justificado por la fe? Se nos manda creer, para que, recibiendo el don del Espíritu Santo, podamos obrar bien por la caridad. Pero ¿quién puede creer si no es tocado por una vocación, esto es, por el testimonio de las cosas? ¿Quién tiene en su poder el que su propia mente sea tocada por un objeto tal, que mueva su voluntad a creer? ¿Quién recibirá en su alma algo que no le place? ¿Pero, quién tiene en su poder el que se le presente algo que pueda deleitarle o que le deleite cuando se presenta? Cuando nos producen deleite algunas cosas, que nos hacen progresar hacia Dios, es la gracia misma de Dios la que inspira y otorga, no se debe a nuestra pretensión o industria o al mérito de las obras... Se nos manda pedir para que recibamos, llamar para que se nos abra, buscar para encontrar. ¿No es cierto que nuestra oración es a veces tibia, o mejor, tan fría o casi nula, o tan totalmente nula, que ni siquiera lo advertimos con dolor?» (*A Simpliciano, sobre diversas cuestiones* I,21)⁷.

⁷ *De diversis quaestionibus ad Simplicianum, liber II.*

«De los libros que escribí siendo obispo, los dos primeros, que tratan acerca de diversas cuestiones, están dedicados a Simpliciano, prelado de la Iglesia milanense, en cuya sede sucedió al muy bienaventurado San Ambrosio. Dos de esas cuestiones, tomadas de la epístola del apóstol San Pablo a los Romanos, las comenté en el primer libro (...). En el segundo libro se tratan y se resuelven, según la escasez de mis fuerzas, las demás cuestiones, que se refieren todas al libro llamado de los reinos...» (*Retract.* II,1)⁸.

La herejía pelagiana puso en movimiento la reflexión teológica sobre la cuestión de la gracia. Agustín fue uno de los mayores colaboradores: con humildad reconoce haber evolucionado en su pensamiento y encontrado la solución por medio de una revelación divina.

119) «Ya ven lo que opinaba entonces.[en la *Exposición de ochenta y cuatro proposiciones de la epístola a los Romanos*]⁹

«Cuando era yo presbítero sucedió, estando en Cartago, que, como se leyera entre los que estábamos reunidos allí la Epístola de San Pablo a los Romanos, fui interrogado por los hermanos sobre algunos puntos de ella. Al responderles según mis alcances, quisieron consignar por escrito lo que decía, más bien que dejarlo perder sin más requisitos. Así que, accediendo a sus deseos, se añadió un libro más a mis anteriores opúsculos...» (*Retract.* I,23)¹⁰] acerca de la fe y de las obras, aunque pretendía encomiar la gracia de Dios; según veo, es la sentencia que tienen ahora esos hermanos nuestros pelagianos; han leído mis libros, pero no se han molestado en

⁸ *De div. quaest. ad Simpl.*: Hipona; 396/398. A Simpliciano, sobre diversas cuestiones; explica textos del libro segundo de los *Reyes* y de la carta a los *Romanos*.

Texto latino en PL 40, 101-148; ed. crítica de A. Mutzenbecher en CCL 44 (1970). Trad. castellana en ODSA, t. IX, 1952, pp. 61-169 (BAC 79).

⁹ *Expositio quarundam propositionum ex epistola ad Romanos*.

¹⁰ *Exps. ex ep. ad Rom.*: Cartago (?); 394/395. Exposición de ochenta y cuatro proposiciones de la epístola a los Romanos; primera tentativa de exposición (o interpretación) literal de la carta a los Romanos.

Texto latino en PL 35, 2063-2088; ed. crítica de J. Divjak en CSEL 84 (1971) pp. 1-52. Trad. castellana en ODSA, t. XVIII, 1959, pp. 14-62 (BAC 187).

progresar conmigo. Si se hubiesen molestado, habrían descubierto que resolví ese problema, en conformidad con la verdad de las Sagradas Escrituras, en el primero de los dos libros que dediqué a Simpliciano, de santa memoria, obispo de la iglesia de Milán, sucesor de Ambrosio, en los comienzos de mi episcopado. He aquí por qué dije arriba que ese testimonio apostólico (1Co 4,7) me convenció cabalmente a mí mismo, cuando tenía una teoría diferente sobre el problema. Tal problema me lo reveló Dios según he dicho, cuando traté de darle solución para el obispo Simpliciano» (*Sobre la predestinación de los santos 4,8*)¹¹.

La elección por parte de Dios es absolutamente gratuita y no depende de nuestros merecimientos: Dios se complace en elegir lo débil e insignificante para hacerlo valioso con la fuerza de su gracia.

120) «Ya no me queda nada para justificar la elección... ni ingenio, ni inocencia, ni doctrina. Supongamos que elijo al que está tomado o manchado por el menor número posible de pecados (¿quién puede carecer enteramente de ellos?), al que tiene mayor ingenio y está mejor formado en las artes liberales, para conferirle la gracia. Al hacerlo así se reirá de mí aquel que eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte, a los necios del mundo para confundir a los sabios (1Co 1,27). Mirándole a Él y lleno de vergüenza, me reiré yo de muchos, que son más castos que algunos grandes pecadores, y de algunos oradores que superan ciertos pecadores. ¿Acaso no advertimos que muchos de nuestros fieles, que caminan por la senda de Dios, no pueden ni compararse con ciertos herejes y con ciertos bufones? ¿No vemos en torno nuestro muchos sujetos de ambos sexos, que viven en castidad conyugal sin dar qué decir, y son herejes o paganos, o imbuidos en la verdadera fe y en la verdadera Iglesia, pero tan tibios que son superados por las meretrices que acaban de convertirse, y no sólo en materia de paciencia o de templanza, sino también en la fe, esperanza y caridad? Luego sólo nos queda que sean elegidas las voluntades. Pero la

¹¹ *De praedestinatione sanctorum (De praed. sanc.)*: Hipona; después del comienzo de 429. Sobre la predestinación de los santos; el inicio de la fe y la perseverancia final son dones de Dios. A los monjes de Marsella.

Texto latino en PL 44, 959-992. Trad. castellana en ODSA, t. VI, 1949, pp. 473-561 (BAC 50).

voluntad no puede moverse, si no se presenta al espíritu algo que le agrade, algo que le invite y el que eso se presente no depende del hombre mismo. ¿Qué es lo que pretendía Pablo, sino asaltar, arrastrar, atar, dar muerte a los cristianos? (*Hch* 8,1-3). ¡Cuán rabiosa, frenética y ciega era su voluntad! Sin embargo, una voz del cielo la abatió, porque se le presentó al espíritu un objeto tal, que la mente y la voluntad se despojaron de la crueldad y se corrigieron para abrazar la fe: del más encarnizado perseguidor del Evangelio salió su más valiente pregonero (*Hch* 9,1 ss.)... Digamos: ¡*Aleluya!* Entonemos el Cántico. No nos preguntemos ¿*por qué esto?* y ¿*por qué eso?* En efecto, todas las cosas fueron creadas a su tiempo» (*A Simpliciano, sobre diversas cuestiones* I,22; Hipona, 396/398).

Relación entre la vida activa y la vida contemplativa

Muchos años después del encuentro de Agustín con el obispo maniqueo Fausto, el obispo de Hipona se enteró de la existencia de algunos escritos de Fausto en los que pretendía refutar el catolicismo. Impelido por algunos monjes, Agustín se dispuso a contestarle.

121) «Fausto fue africano de sangre, milevitano de ciudadanía, suave en el hablar, maniqueo de religión y así pervertido por un nefando error. Yo había conocido a este personaje, según relaté en el libro de mis *Confesiones*. Editó un libro contra la recta fe cristiana y la verdad católica. El libro vino a parar a las manos de algunos monjes: lo leyeron, me pidieron, y por fuero de caridad, me exigieron que contestase al libro. Y puesto que estoy al servicio de estos hermanos, voy a hacerlo en el nombre y con la ayuda de Jesucristo, nuestro Salvador... Pienso que lo mejor será poner las palabras de Fausto bajo su mismo nombre y las más bajo el mío» (*Contra Fausto maniqueo* I,1; Hipona, 397/399).

Fausto de Milevi consideraba *semicristianos* a los seculares o imperfectos del catolicismo. Agustín replica considerando a los maniqueos ya no semi... sino *seudocristianos*.

122) «Hablando el Apóstol de algunos imperfectos dice: *alegrándose y considerando el tenor de vida de ustedes y lo que falta a su fe en Cristo* (*Ga* 2,5). Veía en ellos el edificio espiritual, como dice en otra par-

te: *son edificio de Dios (1Co 3,9)*. Vea pues dos cosas: algo de lo que podía alegrarse y algo que todavía faltaba a la edificación. Se gozaba porque ya veía el edificio levantado; y se preocupaba, porque era menester continuar para lograr la perfección. Fausto nos castiga como católicos aún no perfectos. Trata de engañar a esos imperfectos a los que llama *semi-cristianos*. Pero los maniqueos son *seudocristianos*» (*Contra Fausto maniqueo* I,2; Hipona, 397/399).

El obispo de Hipona comprendió bien lo absurdo del planteamiento maniqueo de dos morales diferentes: una para los perfectos y otra para los imperfectos. En la Iglesia católica, en cambio, existe una sola comunidad, en la que la caridad no permite al monje separarse del seglar: no hay por tanto entre los fieles ninguna diferencia cualitativa, específica o esencial.

123) «¡Cuántos son los que en nuestra *comunión* cumplen realmente esos sublimes consejos evangélicos, con cuya apariencia tratan ustedes de engañar a los incautos!... Pero al reino de los cielos no pertenecen solos aquellos que, para ser perfectos, lo dejan todo y siguen al Señor: hay aquí un comercio de caridad entre la milicia cristiana y la masa proveedora, a la que se dirá en el último día: *tuve hambre y me diste de comer (Mt 25,15)*. El Apóstol ordena a los imperfectos que pongan en orden sus cosas, amonesta a las mujeres a ser sumisas a su marido y a los maridos a amar a su mujer (*Ef 5,21-26*)... ¿Habrá que condenarlos a todos éstos? El Apóstol está muy lejos de dejarlos fuera de los mandamientos evangélicos y de negarles la vida eterna... ¿Pues, por qué ustedes engañan a sus *oyentes*, que con sus mujeres, hijos, familia, casa y hacienda, sirven a los que se llaman *perfectos*, si es cierto que quien no abandona todo eso no recibe el Evangelio, si tiene que volver a nacer para abrazar la vida de los *perfectos*?» (*Contra Fausto maniqueo* V,9; Hipona, 397/399).

De nada sirve alardear con jactancia sobre nuestras observancias –como hacía Fausto haciendo gala de su abstinencia y continencia– si nuestras obras no muestran que realmente nos hemos convertido al Evangelio.

124) «¿Y tú me preguntas si recibo el Evangelio? Es evidente que lo recibo, puesto que observo lo que manda. ¿No debería yo preguntar si lo recibes tú, puesto que no descubro indicio alguno de que lo recibas? Yo

abandoné padre y madre, esposa e hijos, y todo lo demás que manda el Evangelio (*Mt* 19,29)... He renunciado a la plata y al oro, no llevo dinero en la bolsa, me contento con el alimento cotidiano, no me cuido del mañana, ignoro lo que llevaré a la boca o con qué cubriré mi cuerpo, no guardo preocupación alguna (*Mt* 10,9). ¿No ves en mí las Bienaventuranzas, que constituyen ese Evangelio? Soy pobre, manso, pacífico, casto, afligido, hambriento, sediento, perseguido, odiado por la justicia... Tal es mi mejor respuesta a mi pregunta. Y tú mismo serás bienaventurado, si no te escandalizas de mí» (*Contra Fausto maniqueo* V,1; Hipona, 397/399).

Los maniqueos –al igual que los donatistas– alegaban la persecución de que eran objeto como signo de rectitud y de justicia. Agustín se encontró obligado a aclarar que los maniqueos eran perseguidos por contravenir la ley civil. No eran los cristianos quienes los perseguían, sino que más bien intercedían por ellos. Algunos monjes padecían lo mismo, pero sin jactarse por ello.

125) «Son muchísimos los que en nuestra *comunidad* cumplen esos preceptos que ustedes simulan cumplir para engañar a los simples. Muchas personas de ambos sexos se mantienen libres del abrazo carnal, totalmente íntegros. Algunos, que lo han experimentado ya, practican después la continencia. Son muchos los que distribuyeron sus propiedades y las abandonaron, los que ayunan siempre o con frecuencia, en formas increíbles, los que someten su cuerpo a servidumbre. Son muchísimas las congregaciones fraternas que no tienen nada propio, sino todo común, y aun en este caso sólo lo necesario para comer y vestirse. Tienen en cambio un alma sola y un solo corazón en Dios, fundidos en el fuego de la caridad. No niego que dentro de esta profesión algunos son descubiertos y tomados en falacia y en camino de perdición, y que algunos no son descubiertos. Muchos comenzaron bien y cayeron por una dañada voluntad. Muchos son combatidos por la tentación porque vinieron a ese género de vida con miras espurias, fijándose más bien en las apariencias. Pero muchos se mantienen con humildad y fidelidad en el santo propósito y perseveran hasta el fin y se salvan. Dentro de esta mancomunidad aparecen con suerte dispar, en contraste con los casados. Pero están todos unidos y enlazados en la misma caridad» (*Contra Fausto maniqueo* V,9; Hipona, 397/399).

Con la finalidad de anular las diferencias entre seglares y monjes, Agustín desarrollará el tema de las dos vidas: la activa y la contemplativa; la primera simbolizada en Lía y el trabajo, la segunda simbolizada en Raquel y la contemplación. No se oponen, sino que se complementan: la vida presente del monje es de trabajo y servicio, pero descansa en la esperanza de la futura visión de Dios.

126) «Porque nadie se convierte, bajo la gracia, de la remisión de los pecados, y se pone al servicio de la justicia, sino para vivir en paz con el Verbo, por quien se conoce el principio que es Dios: es decir, por Raquel y no por Lía. ¿Quién amaría en las obras de justicia la fatiga de las acciones y pasiones? ¿Quién buscaría una vida semejante por ella misma?... Se tolera a Lía para llegar hasta Raquel y luego Lía se recomienda a sí misma por la fecundidad, por los hijos. Si pensamos en un siervo cualquiera de Dios, que sea útil, y se halle en estado de gracia, en la purificación de sus pecados ¿qué otra cosa meditó en su conversión, qué otra cosa concibió en el corazón, qué cosa amó, sino la doctrina de la sabiduría? Esperan conseguirla pronto, pero... tienen que aguantar a Lía para conseguir a Raquel... (Gn 29,15-30). Querría el hombre llegar al momento a las delicias de la hermosura y perfecta sabiduría; pero no se da en la tierra de los que mueren» (*Contra Fausto maniqueo* XXII,52; Hipona, 397/399).

La obra de la vida presente –incluso para los monjes– es el apostolado. Por esto en el pensamiento agustiniano el ocio o ideal sabático está reservado para la vida futura, mientras que en este mundo sólo gozamos de pequeñas migajas de contemplación. La tensión acción-contemplación es parte de nuestro camino de búsqueda y de servicio: los celos de Raquel...

127) «El trabajo de los fieles obtiene un fruto máximo, ya que predica el Evangelio entre muchas tentaciones y tribulaciones, engendra hijos para el reino de Dios... Éstos son su gozo y su corona. Hay una vida que corresponde al estudio de la contemplación: quiere contemplar lo inteligible, aquellas cosas que son invisibles a los ojos carnales y a los ojos débiles de la mente; ve por medio de las criaturas, y quiere contemplar inefablemente la sempiterna virtud y sabiduría de Dios (*Rm* 1,20), desea quedar libre de todo negocio. Pero entonces queda estéril. Porque, mientras cree vivir en el ocio, en el que se inflaman los afanes de la contemplación, no se acomoda a la debilidad de los hombres, que sometidos a tantas pasiones, desean ser socorridos. Así Raquel se inflama en deseos de procrear y se

pone a enseñar lo que sabe y a caminar sin envidia traidora, pues ve a su hermana llena de hijos en la fatiga de hacer y padecer. Se duele Raquel de que los hombres corran a aquella virtud –actividad– en la que se atiende a sus debilidades y necesidades más bien que a la otra virtud –contemplativa–, en la que se capta algo divino e inmutable. Ese dolor está figurado en lo que está escrito: *Y Raquel tuvo celos de su hermana (Gn 30,1)*» (*Contra Fausto maniqueo XXII,54; Hipona, 397/399*).

La buena fama de los monjes y de los monasterios es como un *buen olor* que contribuye a la evangelización, propagando y atrayendo. Los monjes (vida contemplativa) no podrían alcanzar esa buena fama si no recurrieran a los que trabajan en primera línea en el apostolado (vida activa); éstos, a su vez, cuando alaban la contemplación, participan también de ella y de sus frutos por medio de sus fatigas.

128) «Así entiendo que en las mandrágoras se simboliza la buena fama; no aquella que da a un hombre un escaso grupo de justos y sabios que lo alaban, sino aquella fama popular, con la que se conquista una noticia más extensa y clara; la cual es muy necesaria, por la finalidad de tantos bienes que se logran para el género humano, aunque no la podamos apetecer por ella misma... Raquel no alcanzaría esa gloria popular, sino recurriría a aquéllos que en medio de las turbas presiden a los pueblos con su acción y persuasión –clérigos–, no por presidir, sino por aprovechar... Cuando éstos alaban la contemplación... en cierto modo llegan las mandrágoras a Raquel por medio de Lía» (*Contra Fausto maniqueo XXII,56; Hipona, 397/399*).

En Agustín su experiencia personal y su pensamiento apuntaban en una misma dirección: aunque el monje eligió la vida contemplativa, si las necesidades de la Iglesia lo exigieran, debe estar dispuesto a sacrificar su ocio y a sí mismo por el trabajo apostólico.

129) «¿Quién no ve que esto acontece en todo el orbe, que los hombres se liberan de las obras seculares, y buscan el ocio, para conocer y contemplar la verdad, como el abrazo de Raquel? Pero se atraviesa la necesidad eclesiástica, y son ordenados para el trabajo, como si dijera Lía: tiene que entrar a mí. Estos hombres dispensan entonces castamente el misterio de Dios y en la noche de este siglo engendran los hijos de la fe,

mientras los pueblos alaban aquella vida por cuyo amor se convirtieron y abandonaron la esperanza del siglo, y de cuya profesión fueron lanzados a la misericordia de gobernar al pueblo. En todos sus trabajos, tratan de que sea más extensa y claramente glorificada aquella profesión, a la que ellos se habían convertido, pues ha dado tales gobernadores a los pueblos. Es que Jacob no rehusa pasar la noche con Lía, para que Raquel goce de los frutos perfumados y resplandecientes» (*Contra Fausto maniqueo* XXII, 58; Hipona, 397/399).

El monacato no se entiende sin su relación con Jesús, pues Él es el camino que nos enseña la doctrina, la verdad que nos da el ejemplo, la vida que nos confiere la gracia.

130) «Porque dijo el Señor: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (*Jn* 14,6), es decir, yo soy por donde se va, a donde se llega y en donde se permanece. Cuando se llega a Él, también se llega al Padre, pues por el Igual se conoce al Igual, enlazándonos y uniéndonos el Espíritu Santo de modo que podamos permanecer en el sumo e inmutable bien. De donde se infiere que ninguna cosa nos debe detener en el camino, ya que el mismo Señor en cuanto se dignó ser nuestro camino, no quiso detenernos, sino que pasásemos por Él hacia adelante, para que no nos apegásemos sin solidez aun a las cosas temporales que Él hizo y usó para nuestra salud, sino que más bien pasemos gozosos corriendo por ellas, para que merezcamos ser transportados y conducidos en hombros hasta Aquel que libertó nuestra naturaleza de las cosas corporales y la colocó a la diestra del Padre» (*Sobre la doctrina cristiana* I,34,38)¹².

«Habiendo hallado inconclusos los libros de la *Doctrina cristiana*, preferí terminarlos antes de dejarlos así, y pasar a la recensión de otros. Completé, pues, el tercero, que estaba escrito hasta el pasaje en que se conmemoró el testimonio del Evangelio que habla de la mujer que escondió la levadura en tres celemines de harina hasta que fermentó toda la masa. Añadí el último libro y completé esta obra en cuatro libros; de los cuales

¹² *De doctrina christiana, liber IV.*

los tres primeros ayudan a entender las Escrituras; el cuarto versa de cómo han de exponerse las cosas que entendimos» (*Retract.* II,4)¹³.

Agustín no dejó de subrayar que la perfección cristiana —que en este mundo será siempre relativa— es obra de la gracia de Dios; por eso la santidad es uno de los rasgos esenciales de la Iglesia católica. En ella el monacato tiene como esencia y función revelar y dar cauce a la energía de la gracia que Cristo Jesús transmite incesantemente a todos los hombres.

131) «En uno y otro caso, dice Fausto, nosotros estamos a salvo, como siempre. Agustín respondió: ¿Cómo a salvo, desventurado? ¿Cómo a salvo, cuando dices que odias a los Patriarcas por impuros, y haces lamentaciones por un Dios impuro?... Bien será que mientras les dure la vida, abandonen ese error y entiendan, y abracen la verdad de la fe católica. Porque de otro modo las cosas han de ser muy diferentes de como se las promete a sí mismo el injusto, cuando comience a realizarse lo que Dios ha amenazado al injusto... Acérquense a Jesús, no con el cuerpo, sino con el corazón. Búsquenlo, no con los debates, sino con placidez y fidelidad; no con la presencia del cuerpo, sino con la potencia de la fe, como el centurión: entonces entenderán lo que dijo Mateo. Porque a los que se acercan de ese modo dice un salmo: *acérquense a Él y serán iluminados; y su rostro no enrojecerá* (Sal 33,6)» (*Contra Fausto maniqueo* XXXIII,4; Hipona, 397/399).

¹³ *De doctr. christ.*: Hipona; desde el libro primero al tercero (hasta el cap. 35) en 397; desde el tercero (cap. 36) y el libro cuarto en 426/427. Sobre la doctrina cristiana; es una síntesis dogmática basada en el *uti* y el *frui*. Es un manual de interpretación de la Sagrada Escritura; trata el tema de la educación y la cultura; importante para la filosofía del lenguaje.

Texto latino en PL 34, 15-122; ed. crítica de J. Martin en CCL 32 (1962), pp. 1-167. Trad. castellana en ODSA, t. XV, 1957, pp. 55-349 (BAC 168).

La Iglesia no condena la virginidad y la abstinencia para imponer una ley del levirato, que obligue a cada uno a casarse con la esposa del hermano muerto. El cristiano no condena el Antiguo Testamento, sino que vive del Nuevo. Su ley del levirato es diferente, pues se da hijos a Cristo. Por ésto, si la Iglesia llamara, no se debe rehuir el ministerio apostólico.

132) «Aquella ley [del levirato] era un símbolo: significaba que cada uno de los que predicán el Evangelio, debe trabajar en la Iglesia de modo que dé hijos al hermano muerto, esto es a Cristo, que murió por nosotros... Así decía Pablo: *¿Acaso fueron bautizados en el nombre de Pablo?* (1Co 2,13). Como si dijera: los he engendrado para el hermano difunto, se llaman cristianos, no paulinianos. Por eso, si alguien es llamado por la Iglesia y rehusa aceptar el ministerio, será despreciado con razón y justicia por la misma Iglesia. Por eso se manda que lo escupamos en la cara, como signo del oprobio, y que se le quite un zapato del pie, para que no sea contado en la suerte de los que dice el Apóstol: *calzados los pies como preparación para el Evangelio* (Ef 6,15). Así dice también el profeta: *cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian los bienes* (Is 52,7). Quien retiene la fe evangélica de modo que le sirva de provecho a él, pero sin rehuir el aprovechar a la Iglesia, ése es el que va calzado en los dos pies. En cambio, quien estima que ya se ha asegurado a sí mismo, puesto que ha creído, y no se preocupa de lucrar a otros, no sólo quedará simbolizado en aquel, cuyo pie era descalzado, sino que llevará en sí el oprobio de esa descalcez» (*Contra Fausto maniqueo* XXXII,10; Hipona, 397/399).

Al final de su vida, Agustín había redondeado su pensamiento sobre el monacato católico: pertenece al plan de Cristo y es vehículo de su gracia; además es un instrumento eclesiástico de reforma y renovación permanente de la misma imagen de Dios, que es el alma y la Iglesia. Para que cumpla su cometido debe estar animado por la caridad que nos lleva a la verdad, por el Espíritu Santo que nos conduce a Jesús.

133) «Demostramos que el Espíritu Santo nos introduce en toda la verdad: porque no se entra en la verdad, sino por la caridad, y *la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha donado* (Rm 5,5). Pablo dijo: *cuando viniere lo que es perfecto*, pero se refería a aquella perfección futura que consiste en la perfección de la vida eterna. En efecto, al hablar así, añadió: *vemos ahora por espejo*,

en enigma, mientras que entonces veremos cara a cara (1Co 13,10 ss.). Si no quieren parecer locos de remate, confesarán que no ven ahora cara a cara. Por ende, no ha llegado a ustedes lo que es perfecto... como dijo Juan: somos hijos de Dios y aún no aparece lo que seremos; pero sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos como es (1Jn 3,2). Será entonces cuando el Espíritu Santo nos introducirá en toda verdad, mientras que ahora sólo hemos recibido una prenda» (Contra Fausto maniqueo XXXII,18; Hipona, 397/399).

Apéndice: temas y textos complementarios

Comunión en los bienes espirituales

134) «Tenemos en la verdad un tesoro, del que todos gozamos igualmente y en común; ningún sobresalto, ningún defecto menoscaba este gozo. No tiene, no puede tener la verdad amadores envidiosos entre sí; a todos se da igualmente toda, y a todos y cada uno en suma castidad. Nadie dice al otro: retírate para acercarme yo; no, todos están estrechamente unidos a ella, todos la poseen toda a la vez. Sus manjares no se dividen en partes; nada de ella puedes beber tú que no pueda beber yo. Nada de lo que de ella participas conviertes en algo exclusivamente tuyo, sino que todo lo que de ella tomas queda íntegro también para mí. Lo que a ti te inspira, no espero que vuelva de ti para inspirarme a mí; porque nada de la verdad se convierte nunca en cosa propia de alguno o de varios, sino que simultáneamente es toda común a todos» (*Sobre el libre albedrío* II,14,37)¹⁴.

«Cuando todavía estábamos en Roma, quisimos buscar, discutiendo, dónde está el mal. De esta forma consideramos, en cuanto podíamos, sobre este asunto, en el que creíamos conforme a la autoridad de las cosas divinas, también con nuestra inteligencia... (concluimos) que el mal no proviene sino del libre arbitrio, de la voluntad... El segundo y el tercer libro, los

¹⁴ *De libero arbitrio, liber III.*

terminé en África, cuando ya era presbítero ordenado de la ciudad de Hipona» (*Retract.* I,9)¹⁵.

Perfección e ideal del monje: comunión de caridad

135) «Tal es la norma del amor: que los bienes que desea para sí los quiera también para el otro, y lo que no desea para sí, tampoco lo desee para el otro. He aquí su voluntad para con todos los hombres. Pues no se ha de dañar a nadie, y la dilección del prójimo no obra el mal (*Rm* 13,10). Amemos, pues, según está mandado, hasta a nuestros enemigos, si queremos ser invictos. Pues ningún hombre es por sí mismo invencible, sino por aquella ley inmutable, y sólo los obedientes a ella son libres. Así no se les puede arrebatarse lo que aman: he aquí lo que hace a los hombres invencibles y perfectos» (*Sobre la verdadera religión* 46,87)¹⁶.

«También escribí entonces el libro *De la verdadera religión*, donde con mucha variedad y copia de doctrina se razona sobre cómo la verdadera religión consiste en venerar al único Dios verdadero, esto es, la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y con cuánta misericordia suya, por temporal dispensación, ha sido dada a los hombres la religión cristiana, que es la verdadera, y cómo el hombre ha de disponerse con su vida para rendirle culto. Pero, sobre todo, en este libro se rebate la doctrina maniquea de los dos principios...» (*Retract.* I,13,1)¹⁷.

¹⁵ De liber. arb.: primer libro empezado en Roma en el otoño de 387 y terminado en el otoño de 388; segundo y tercer libros compuestos en Hipona (391). Sobre el libre arbitrio; el problema del mal, la libertad, la ley moral, la existencia de Dios y la presciencia divina.

Texto latino en PL 32, 1221-1310; ed. crítica de W. M. Green en CCL 29 (1970), pp. 211-321. Trad. castellana en ODSA, t. III, 1947, pp. 248-521 (BAC 21).

¹⁶ *De vera religione, liber I.*

¹⁷ De vera rel.: Tagaste; 390. Sobre la verdadera religión; contiene ya, en germen muchas de las ideas de La Ciudad de Dios. Contra los maniqueos; combate su dualismo; afirma el designio divino de la salvación que se va realizando a través de la historia y la profecía.

Texto latino en PL 34, 121-172; ed. crítica de K.-D. Daur en CCL 32 (1962), pp. 169-260. Trad. castellana en ODSA, t. IV, 1948, pp. 69-209 (BAC 30).

136) «Que Dios nos libre de esta multiplicidad de pensamientos; élévenos hacia el único para ser en Él uno fuera de la multitud. Sople sobre nosotros el fuego de la caridad para perseguir la única cosa con un solo corazón, no sea que, despistados en muchas otras, decaigamos de ella, y, abandonada esa única cosa, nos dispersemos en la multiplicidad» (*Sermón* 284,4; Cartago, año 397, o según otros 418).

137) «Yo confieso que me doy enteramente a esa caridad de los que viven conmigo, cansado como estoy de los escándalos del mundo. En esta caridad común, descanso sin recelo, pues en ella siento a Dios, en quien me arrojé seguro y en quien descanso quieto. Cuando veo a alguien inflamado en la caridad cristiana y siento que por ella se hace fiel amigo mío, me hago cargo de que todos los pensamientos que le confío no se los confío a un hombre sino a Dios, en quien él permanece; pues *Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él* (1Jn 4,16)» (*Epístola* 73,10 a Jerónimo; Hipona, 404).

Síntesis del pensamiento agustiniano sobre la vida monástica

* qué es el monje

138) «*Monos* en griego significa uno, y no uno cualquiera, porque la turba también es uno, ya que, siendo una formada de muchos, también puede llamarse uno; pero no puede llamarse *monos*, es decir, único o solo. *Monos* significa uno solo. Los que de tal modo viven en unión que constituyen un solo hombre, de suerte que en ellos se cumple lo que se escribió, son *un alma y un solo corazón* (*Hch* 4,32); son muchos cuerpos, pero no muchas almas; son muchos cuerpos, pero no muchos corazones; con razón se denominan *monos*, es decir, uno solo» (*Enarraciones sobre los Salmos* 132,6; Hipona, 394 - h. 422).

* concordia fraterna: don de Dios

139) «*Como rocío del Hermón que desciende sobre los montes de Sión* (*Sal* 132,3). Con esto quiso se entendiese, hermanos míos, que por la gracia de Dios es que los hermanos habitan en uno; no por sus fuerzas, no

por sus méritos, sino por un don de Dios, por su gracia, que es como rocío del cielo (...). En cierto lugar del salmo se dice: *Lluvia voluntaria derramarás, ¡oh Dios!, para tu heredad (Sal 67,10)*. ¿Por qué la llamó "voluntaria"? Porque no se debe a nuestros méritos, sino al querer o a la voluntad de Dios. Pues, ¿qué bien merecimos nosotros pecadores? ¿Qué bien merecimos los inicuos? De Adán procede Adán, y de Adán se originan muchos pecados. Todo el que nace, nace de Adán; condenado de condenado, y, viviendo mal, añade pecados sobre Adán. ¿Qué bien, pues, mereció Adán? Con todo, amó el Misericordioso; amó el Esposo, no a la hermosa, sino para hacerla hermosa. Luego llamó a la gracia de Dios rocío del Hermón» (*Enarraciones sobre los Salmos 132,10; Hipona, 394 - h. 422*).

*** vida quieta, célibe servicio divino y deseos celestiales**

140) «Daniel eligió la vida quieta, servir a Dios en el celibato, es decir no buscando mujer... Varón entregado en vida a los deseos celestiales» (*Enarraciones sobre los Salmos 132,5; Hipona, 394 - h. 422*).

*** comunión con los hermanos en un mismo ideal de vida**

141) «Los montes de Sión son grandes en Sión. ¿Qué es Sión? La Iglesia. ¿Y qué montes hay en ella? Grandes. A quienes simbolizan los montes, a los mismos simboliza la barba (...). Sólo se entiende por barba a los perfectos, pues no habitan en unión sino en los que es perfecta la caridad de Cristo. Pues en los que no es perfecta la caridad de Cristo, aunque sean uno odian, son molestos, son turbulentos, con su ansiedad turban a otros y buscan qué decir de ellos (...). Pero, ¿quiénes son los que habitan en común unión? Aquellos de quienes se dice: *Eran un solo corazón y una sola alma en Dios; y nadie decía que algo era propio, sino que todas las cosas les eran comunes (Hch 4,32)*» (*Enarraciones sobre los Salmos 132,12; Hipona, 394 - h. 422*).